

I

“El Bar”

La niebla cubría la ciudad enturbiando la mañana y llenándola de sombras errantes que vagaban de un lado para otro, embozadas, ocultando sus gélidos rostros ante el frío y combativo viento del Norte. Deambulando camino de la nada, tan solo alcanzabas a percibir tus propios pasos resonando contra la impasible piedra que moldeaba las callejas y la calidez de tu aliento escapándose a bocanadas y desertando, aun sin quererlo, de tu pecho, para pasar a desvanecerse en esa bruma densa y pálida. No había pasado concreto ni futuro predecible en medio de aquella niebla espesa, densa, casi viscosa..., envolviéndote sin posibilidad de evasión o resguardo. Solo el presente y tu propio yo, abandonando el pasado a cada tramo y encaminándose hacia un futuro desdibujado e incierto.

Las campanas de la Catedral resonaban lejanas al otro lado de la niebla, pero cada vez más próximas a medida que la solitaria calle llegaba a su fin dejando al descubierto lo que se presumía como una fabulosa plaza ahora habitada, únicamente, por las nubes. Su eco, restallando sobre las invisibles fachadas de las señoriales casas, empezaba a resultar ensordecedor forzándote a entreabrir levemente la boca para así facilitar una vía de escape al atronador sonido que te inundaba la cabeza y los oídos. Aquel tañido vibrante y metálico se apoderaba de tus sienas haciéndolas palpar a su

cadencioso compás. Parecieran estar a punto de estallar en mil pedazos. Y aún cuando las campanas volvían a la quietud de su centenaria torre, su voz seguía resonando con fuerza en tu interior, como un zumbido lejano que iba acallándose, muy poco a poco, dando paso al ansiado y liberador silencio. De nuevo, el silencio.

Perdidos en la niebla y aturridos tras el inesperado, pero a la vez, programado concierto diario, los viandantes parecían no tener rumbo fijo ni destino seguro que alcanzar en aquella despacible mañana de invierno, pero seguían adelante tratando de hallar su ruta como un marinero en medio del mar, como un vigía oteando el horizonte lejano con la única ayuda de una mano apartando el deslumbrante sol de sus ojos y su afilada vista al frente. Algunos de ellos acudían al toque de misa que acababa de sonar y atravesaban la imponente cancela de la Catedral para, a continuación, acceder al recinto por la solemne portada principal junto a la cual parecían sujetos frágiles y diminutos en busca del ansiado auxilio divino. Lo hacían de un modo secuencial y metódico, puntuales a una cita a la que no debían llegar tarde para no quebrantar la espiritualidad del lugar y, por supuesto, nunca alterar al resto de la congregación allí reunida y hondamente concentrada en sus propios pensamientos y aflicciones en medio de aquel espacio de serenidad y sosiego.

Minúsculas gotas de agua flotaban en el aire en un equilibrio interminable impregnando todo aquello cuanto rozaban a su paso y cubriéndolo de una liviana y delicada lámina de líquido. De esta manera, se iban creando superficies vidriadas por los rincones más sombríos e inhóspitos de la ciudad. El suelo de la plaza, húmedo y marmóreo, resbalaba bajo tus pies lo que te provocaba un deseo irrefrenable de querer salir de aquel trance lo más rápido posible, antes de dar con tus huesos en él. Pero la premura no era lo más recomendable en este caso, si no querías que ocurriera lo que precisamente pretendías evitar. Así, con paso lento pero firme, asegurando cada movimiento, ibas escapando, poco a poco, de aquella pista de patinaje improvisada hasta alcanzar un punto de amarre que te resguardara del naufragio.